

“Pitusín” galante y enamorado

CRÓNICA

*A la señora doña Prudencia Franco,
viuda de Hurtado, con todo respeto.*

El genial y diminuto artista de la pantalla, es un Lord Byron para las mujeres. Claro que para las mujeres de su edad, las lindas damitas de ocho años, que se embelesan en su contemplación y se arroban con su gracia espontánea y pícaro de madrileño castizo... Y, aun, para aquellas que se andan por los linderos de los veinte.

«Pitusín» es un pequeño don Juan; pero un don Juan con alma ingénuo e infantil!: un don Juan de pantalón corto.

Como su compañero de arte, el malogrado Rodolfo Valentino —a quien «la muerte ha sustraído al tormento de perder un día todas las esperanzas y todas las ilusiones»— el «Chiquilín español» es popular y galante, y, como todos los artistas que han gustado de la caricia de la popularidad, nuestro «Pituso» se deja admirar y se deja querer, sintiendo así halagada su vanidad de hombre célebre y su amor propio de mozo bien plantado y donairoso.

Audaz y chispeante requiebra a las gentiles mujercitas con el mismo gracejo que lo hiciera un chulito de Embajadores. Por el contrario, otras veces, cuando la homenajeadada con la flor de su ingenio es dama de altivo empaque, el piropo es madrigal en sus labios y su apostura y distinción recuerdan la figura gentil y cortesana de un abate versallesco.

Apesar de su infantilidad, «Pitusín» posee ideas propias en materia amorosa. Y, aunque no discierne claramente lo que el amor pueda ser, barrunta con fundamento, que la atracción irresistible de un hombre hacia determinada mujer, el instante glorioso que prende el alma en la